

PRÁCTICAS DISCURSIVAS. EL ABORDAJE DEL DISCURSO EN
EL PENSAMIENTO DE MICHEL FOUCAULT

Discursive practices. The treatment of discourse in Michel
Foucault's thinking

Sebastián Botticelli
Universidad de Buenos Aires
sebastianbotticelli@gmail.com

RESUMEN: Este artículo propone una aproximación al pensamiento de Michel Foucault desde una reflexión epistemológica que buscará problematizar algunos de los presupuestos a partir de los que el autor francés desarrolla sus principales investigaciones. El eje problemático que compondrá esta aproximación será el abordaje del discurso. Este tópico permitirá articular el pasaje de la perspectiva arqueológica a la perspectiva genealógica desde la revisión de los desplazamientos en la concepción foucaultiana del lenguaje. Para ello repasaremos críticamente algunos de los señalamientos que sobre dicho pasaje propone Jürgen Habermas. Esto nos llevará a la consideración de ciertas nociones foucaultianas como las de *práctica discursiva* y *dispositivo*. Desde ellas buscaremos precisar algunos de los sentidos en los que, siempre dentro de la perspectiva de Foucault, los discursos pueden comprenderse como productores de subjetividad.

Palabras clave: **pasaje de la arqueología a la genealogía / práctica discursiva / dispositivo**

ABSTRACT: This article proposes an approximation to Michel Foucault's thinking from an epistemological reflection that aims to problematize some of the presuppositions included in the French author's mains researches. The main category of this approximation will be the treatment of discourse. This topic will allow us to articulate the transition from an archaeological to a genealogical perspective as a revision of the transformations in Foucaultian language conception. To that objective we will critically review some of the Jürgen Habermas's thoughts on this transition. From this point we will consider some Foucaultian notions such as *discursive practice* and *dispositive*. A critical approach to these notions will help us to think about the relations between discourses and subjectivity production in Michel Foucault's views.

Keywords: **movement from archaeology to genealogy / discursive practices / dispositive**

Varios son los conceptos foucaultianos recuperados en los debates intelectuales y académicos que buscan dar cuenta de nuestra actualidad. La potencia interpretativa de los desarrollos que Foucault presenta bajo nombres como *anatomopolítica*, *biopoder* o *biopolítica* aparece tanto reafirmada como cuestionada por un abanico de autores que argumentan desde múltiples estrategias de apropiación.

Sin perder de vista el horizonte de estas discusiones pero sin pretender entrar en la particularidad de ninguna de ellas, en estas páginas propondremos una aproximación al pensamiento foucaultiano desde una perspectiva diversa.

El presente escrito no estará orientado por un interés erudito que busque esclarecer alguno de los contenidos conceptuales y sustantivos presentes en la obra Michel Foucault. En lugar de eso adoptará la forma de una reflexión epistemológica sobre ciertas dinámicas de producción de conocimientos que el autor pone en juego durante el desarrollo de su obra. Diferenciándose de los enfoques analítico-metodológicos que buscan delimitar un conjunto cerrado de pautas protocolares plausibles de ser aplicadas a distintos objetos de investigación, esta reflexión no se pondrá por finalidad rastrear una metodología foucaultiana —si es que tal cosa pudiera existir—, sino problematizar algunos de los presupuestos a partir de los que Foucault despliega sus investigaciones. Llevaremos a cabo esta tarea apostando por lo que ella pudiera aportar a nuestra intención de producir conocimiento, esto es, de relacionarnos con nuestra contemporaneidad en un sentido transformador.

El eje problemático sobre el que haremos foco será el abordaje del discurso. La aproximación a este tópico nos permitirá articular el pasaje foucaultiano de la arqueología a la genealogía desde el desplazamiento en la concepción del lenguaje. Para ello revisaremos críticamente algunas de las conjeturas que sobre dicho pasaje propone Jürgen Habermas. Esto nos llevará a la consideración de las nociones de *práctica discursiva* y *dispositivo*; desde ellas buscaremos precisar algunos de los sentidos en los que, siempre dentro de la perspectiva de Foucault, los discursos pueden comprenderse como productores de subjetividad.

Teniendo presentes las referencias propuestas por Habermas y a fin de dar lugar a la complejidad, en este recorrido procuraremos tomar distancia de lo que llamaremos la *interpretación compartimental* del pensamiento foucaultiano¹. Con ese nombre nos referiremos a

1. La idea de problematizar la clasificación del pensamiento foucaultiano —expresada en este artículo a modo de pauta metodológica— es deudora de las aproximaciones propuestas por Judith Revel. Para referencias textuales a este respecto, véase J. Revel, *Foucault, une pensée du discontinu*. París, Fayard/Mille et une nuits, 2010.

las aproximaciones que, movilizadas por un afán analítico, entienden como un fin en sí mismo la explicitación de las rupturas que pueden rastrearse dentro de la obra de un autor, equiparando la actividad de clasificar con la de caracterizar o elucidar.

Resulta pertinente acompañar la explicitación de este propósito con algunas aclaraciones.

La obra de Foucault suele dividirse en tres etapas: la primera de ellas englobaría tanto los estudios de las prácticas discursivas que articulan el saber como la revisión de las transformaciones acontecidas dentro de los diferentes regímenes de enunciación que a lo largo de un periodo histórico legitimaron y deslegitimaron determinados grupos de saberes²; la segunda etapa comprendería los estudios genealógicos de las diferentes estrategias, tecnologías y formas de intervención que articularon el ejercicio de los poderes durante el surgimiento las sociedades modernas³; la tercera etapa abarcaría los estudios de las formas y modalidades de la relación de los individuos consigo mismos, los juegos de verdad a partir de los que los seres humanos piensan su propio ser y en los que se reconocen —como hombre, como hablante, como criminal, etcétera⁴.

Esta clasificación toma por base las retrospectivas que el propio Foucault esbozó poco antes de morir y puntualiza una serie de desplazamientos tanto en los ámbitos de interés como en las metodologías de trabajo del autor que difícilmente puedan ser pasados por alto a la hora de encarar seriamente un estudio sobre su pensamiento.

Sin embargo, sin pretender ni invalidar la clasificación citada ni negar el aporte hermenéutico general de ese tipo de aproximaciones, aquí buscaremos apartarnos de la impronta que comprende cada una

2. Entre las principales obras que conformarían este periodo pueden mencionarse *La arqueología del saber* (1969), *Las palabras y las cosas* (1970) y la conferencia *El orden del discurso* (1971).

3. Los textos más destacados que suelen contarse dentro de este grupo son aquellos en los que Foucault profundiza la caracterización del modelo disciplinario-panóptico a partir del análisis de las instituciones. *Vigilar y castigar* (1975) es la obra más reconocida en este sentido. Los cursos *El poder psiquiátrico* (1973-1974) y *Los anormales* (1975) complementan esta línea. Asimismo, pueden incluirse en este momento los trabajos que apuntan a la caracterización de la biopolítica en tanto forma de ejercicio del poder que se diferencia de la disciplina. En este caso, las referencias apuntan al primer tomo de *Historia de la sexualidad: La voluntad de saber* (1976) y a los cursos *Defender la sociedad* (1976), *Seguridad, territorio, población* (1978) y *Nacimiento de la biopolítica* (1979).

4. En esta línea se inscribirían el curso *La hermenéutica del sujeto* (1982) y los volúmenes 2 y 3 de la *Historia de la sexualidad —El uso de los placeres y La inquietud de sí* (ambos de 1984).

de estas etapas como compartimentos estancos o unidades cerradas en sí mismas. En este sentido, denominaremos *interpretación compartimental* de la obra de Foucault a aquella que relaciona los diferentes momentos del ordenamiento habitual desde una lógica de la discontinuidad o ruptura según la cual el pasaje de uno a otro implica el abandono o la superación del anterior –ya sea porque éste se ha agotado, ya sea porque ha conducido a un encierro argumental.

Tal pretensión cobra una relevancia particular si se considera que es el propio Foucault quien pone en cuestión el carácter taxativo de esta clasificación al afirmar que, si bien sus técnicas de investigación y ámbitos de interés fueron variando, sus objetivos siempre apuntaron a elaborar la historia de los diferentes modos a partir de los cuales los seres humanos se constituyen en sujetos⁵.

Apoyándonos en esta declaración, podemos arriesgar una relectura de la obra foucaultiana que, en lugar de plantear una suerte de evolución superadora entre los tres momentos, ubique al tercero entre el primero y el segundo. En otras palabras, en estas líneas intentaremos argumentar a favor de la interpretación según la cual dentro del panorama general del pensamiento de Foucault, los regímenes de enunciación establecen cierto tipo saberes que se toman por verdades a partir de la intervención de relaciones de poder y que estas, recíprocamente, encuentran su legitimación en aquellos, componiendo un continuo de interdeterminación. Y dentro de esta dinámica del saber-poder y poder-saber, quedan comprendidos o delimitados ciertos *modos de subjetivación* que aparecen de manera correlativa con ella⁶.

De esta manera, distanciarnos de la interpretación compartimental no implicará negar las transformaciones, desplazamientos y cambios de perspectiva tanto en los intereses como en las técnicas de abordaje foucaultianos que son señalados por la clasificación habitual. Pero nos comprometerá con el desafío de pensar esas transformaciones y desplazamientos dentro de un plano de complementariedad que permita relacionar sus diversos niveles antes que segmentarlos y fraccionarlos.

5. Véase al respecto M. Foucault, “El sujeto y el poder”, en: H. L. Dreyfus y P. Rabinow, *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, trad. S. Carasalle y A. Vitale, Buenos Aires, Nueva Visión, 2001, pp. 287 y ss.

6. Sobre el concepto de *modos de subjetivación*, véase M. Foucault, *Historia de la sexualidad 2 – El uso de los placeres*, trad. S. Martí, Buenos Aires, Siglo XXI, 1984, pp. 7 y ss.

1. Del ser del lenguaje a las formaciones discursivas

Las reflexiones sobre el lenguaje componen uno de los principales tópicos del itinerario foucaultiano. En ellas podemos reconocer una amplia gama de influencias que van desde el giro lingüístico a la teoría del discurso pasando por la problematización de distinciones tales como signifiante-significado o interpretación-formalización⁷. En los desplazamientos que van de *Las palabras y las cosas* a *La arqueología del saber* podemos encontrar varios elementos que contribuyen a profundizar esta caracterización.

La intención general de *Las palabras y las cosas* apunta a la búsqueda del “ser del lenguaje”, ese que quizás ha quedado oculto en la forma que adopta la experiencia lingüística luego del pasaje de la época clásica a la modernidad, es decir, después de que se descompusiera la pertenencia entre lenguaje y mundo, cuando las palabras se separaron definitivamente de las cosas. El fin de la época clásica queda señalado por la imposibilidad de recluir la vida, el trabajo y el lenguaje en el dominio de la representación. Esta se convierte en un producto de las necesidades de la vida, de las fuerzas de producción o de la historicidad del lenguaje que se da en la conciencia del hombre. A partir de ese momento, el sujeto-hombre y el objeto-hombre adquieren una dimensión propia, irreductible al espacio definido por la taxonomía clásica y, consecuentemente, el cuadro ordenado de representaciones se sustituye por un conjunto de oposiciones entre el hombre y el mundo, entre el yo pienso y el yo soy, entre el ser representante y el ser representado. A partir del siglo XIX, de su filología, de su formalización, de su literatura, de sus formas exegéticas, el lenguaje se fragmenta y aparece en sus intersticios la figura del hombre. Desde ese momento en adelante, dicha figura pasará a funcionar como garante del nexo entre las palabras y las cosas.

Una de las principales conclusiones de la argumentación desplegada en *Las palabras y las cosas* es que aquel “ser del lenguaje” propio de la época clásica ya no existe ni para nuestro saber ni para nuestra reflexión, y no puede volver a nuestra experiencia salvo –en un sentido alusivo, diagonal, indirecto– en ciertas propuestas literarias en las que sólo alcanzaría a aparecer por sí mismo con la eventual desaparición del sujeto.

Buena parte de esta forma de abordaje se deja de lado en *La arqueología del saber*, en donde lo que interesa a Foucault ya no es ese

7. En relación con esto pueden comprenderse las reflexiones foucaultianas que versan sobre autores como Roussel, Blanchot o Bataille.

“ser del lenguaje” y su compatibilidad o incompatibilidad con el “ser del hombre” –la correspondencia (o la falta de ella) entre las palabras y las cosas– sino el lenguaje en el nivel de su funcionamiento, aquello que se hace con él, su uso histórico en la dinámica de los discursos que terminan operando como formadores de subjetividad⁸.

La arqueología aparece definida como un método histórico de descripción del lenguaje en el nivel de lo que Foucault denomina *enunciados o formaciones discursivas*. Procurar componer una historia de ciertos saberes pasará a tener que ver con un modo de abordar el lenguaje en su dispersión, su materialidad, sin referirlo ni a la sistematicidad de una estructura ni a una significación originaria que sólo la reinterpretación hermenéutica pudiera llegar a restituir.

A diferencia de un análisis meramente lingüístico que tomando en cuenta ciertos enunciados procure rastrear el conjunto finito de reglas que autoriza la conformación de otros enunciados eventuales, el abordaje arqueológico del campo discursivo toma por único punto de partida las secuencias lingüísticas que han sido efectivamente formuladas. Estas secuencias pueden ser innumerables, es decir, sobrepasar la capacidad de registro del anotador más minucioso pero, no obstante, siempre constituyen un conjunto finito.

La cuestión que plantea el análisis de la lengua, a propósito de un hecho cualquiera de discurso, es siempre éste: ¿según qué reglas ha sido construido tal enunciado y, por consiguiente, según qué reglas podrían construirse otros enunciados semejantes? La descripción de los acontecimientos del discurso plantea otra cuestión muy distinta: ¿cómo es que ha aparecido tal enunciado y ningún otro en su lugar?⁹

Por oposición a la quietud de las formas sintéticas, la propuesta de *La arqueología del saber* es mostrar al discurso como el efecto de una construcción que responde a ciertas reglas y ciertas formas de control, ciertos criterios que legitiman y deslegitiman. Esas reglas deben ser pensadas ya no como pautas gramaticales sino como el sitio donde residen los acontecimientos discursivos en tanto unidades que provienen de un mismo sistema de formación constituido por ciertos enunciados

8. La confesión o el examen bien pueden funcionar como ejemplos de prácticas discursivas formadoras de subjetividad.

9. M. Foucault, *La arqueología del saber*, trad. A. Garzón del Camino, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008, p. 44.

permitidos entre los cuales se puede rastrear el conjunto de sus condiciones de existencia¹⁰.

De este modo, la arqueología busca, en principio, liberarse, suspender, tomar distancia, desnaturalizar categorías o conceptos a través de los cuales se diversifica y se conserva la continuidad o por los cuales la historia de las ideas reduce la discontinuidad histórica valiéndose de la función sintetizante del sujeto. Luego, la arqueología procura describir ciertos hechos discursivos como un horizonte para la investigación de las unidades que estos conforman¹¹.

En cuanto al término discurso, del que se ha usado y abusado aquí en sentidos muy diferentes, se puede comprender ahora la razón de su equívoco: de la manera más general y más indecisa designaba un conjunto de actuaciones verbales; y por discurso se entendía entonces lo que había sido producido (eventualmente, todo lo que había sido producido) en cuanto a conjuntos de signos. Pero se entendía también un conjunto de actos de formulación, una serie de frases o de proposiciones. En fin –y es este sentido el que al fin prevaleció (con el primero que le sirve de horizonte)–, el discurso está constituido por un conjunto de secuencias de signos, en tanto que estas son enunciados, es decir en tanto que se les puede asignar modalidades particulares de existencia.¹²

Así podemos deslindar una serie de pautas que componen el abordaje arqueológico desde el que Foucault se aproxima a los discursos:

- Un discurso no puede reducirse a la materialidad de un objeto, por ejemplo, de un libro –los libros pueden referir (y suelen referir) a otros discursos, conformando una red de significaciones virtualmente infinita.
- La unidad de los discursos puede fundarse en una serie de criterios: la unidad de los objetos a los que refieren (las reglas de formación de los objetos, las definiciones de dichas reglas); su estilo o tipo de encadenamiento (las modalidades enunciativas, la individualización de una formación discursiva a partir de la definición de las condiciones que han permitido su surgimiento), la preeminencia de determinados conceptos (aquellos que son

10. Serían ejemplo de esto el discurso clínico, discurso económico, discurso de la historia natural, discurso psiquiátrico, etcétera.

11. Véase M. Foucault, *La arqueología del saber*, trad. cit., pp. 38-39.

12. *Ibid.*, p. 180.

resignificados, aquellos que son propuestos como novedosos), la priorización de ciertas temáticas por sobre otras (las estrategias discursivas).

- El objetivo del análisis de un discurso no es en primera instancia su contenido semántico sino las condiciones de su emergencia, sus reglas de formación, las estrategias de las que da cuenta, sus efectos de poder, etcétera.
- El nivel discursivo es así comprendido como un nivel preconceptual en el que el discurso ya no es traducción exterior (expresión) de ideas que lo preceden sino el lugar de emergencia de los conceptos. Estos se forman a partir de un haz de relaciones y no pueden tomarse como compartimentos estancos. Cada dominio discursivo (economía, medicina, gramática, ciencia de los seres vivos, etcétera) da lugar a ciertas organizaciones conceptuales, ciertos reagrupamientos de objetos, ciertos tipos de enunciación que forman temas o teorías según su grado de coherencia, de rigor y de estabilidad¹³.

La arqueología queda entonces comprendida como una dinámica de investigación sobre los discursos que no pretende ser ni formalista ni interpretativa. Pero esta caracterización lejos está de resultar definitiva.

A partir de la década del 70, Foucault modifica sus criterios y comienza a incorporar a sus desarrollos la consideración de ciertos elementos no discursivos, de entre los que cabe destacar los siguientes:

- Los procedimientos de exclusión (qué objetos pueden considerarse discursivamente, en qué circunstancias puede hablarse de ellos y quién puede hacerlo).
- Los procedimientos de control interno al discurso (de ciertos discursos sobre otros discursos).
- Los procedimientos de rarefacción (que facilitan el intercambio y la apropiación de discursos diversos), etcétera¹⁴.

13. Así, por ejemplo, desde esta perspectiva no podría abordarse la formación del concepto moderno de justicia separado del desarrollo de la lógica jurídica de la modernidad.

14. En los términos utilizados por Foucault en *El orden del discurso*: “Yo supongo que en toda sociedad la producción del discurso está a la vez controlada, seleccionada y redistribuida por un cierto número de procedimientos que tienen por función conjurar los poderes y peligros, dominar el acontecimiento aleatorio y esquivar su pesada y temible materialidad”, M. Foucault, *El orden del discurso*, trad. A. González Troyano, Buenos Aires, Tusquets, 1992, p. 12.

De este modo, la perspectiva arqueológica va dejando su lugar al enfoque genealógico. Para problematizar dicha transición nos valdremos de algunas de las referencias críticas que al respecto propone Jürgen Habermas.

2. De la arqueología a la genealogía: la crítica de Habermas

En su libro *El discurso filosófico de la Modernidad*, Jürgen Habermas dedica dos capítulos a denunciar lo que él entiende como las consecuencias aporéticas de la crítica foucaultiana a la razón científica. No es menester revisar aquí la totalidad de las argumentaciones con las que Habermas pretende sustentar esa denuncia¹⁵. Sin embargo, resulta conveniente detenernos en la reconstrucción que propone el autor alemán respecto del pasaje foucaultiano de la arqueología a la genealogía.

Habermas remite el momento arqueológico al esclarecimiento de las reglas de exclusión por las que dentro de los discursos se determina la verdad de los enunciados, es decir, a las técnicas que buscan reconvertir los documentos a partir de liberarlos de su contexto para hacerlos accesibles a una descripción estructuralista. El momento genealógico, por su parte, apuntaría al estudio de las prácticas que eventualmente se correspondan con aquellos discursos. Así comprendida, la genealogía procuraría dar cuenta de la procedencia de las prácticas a partir del contingente vaivén de luchas, victorias y derrotas, es decir, de las dinámicas del poder.

Para Habermas, este “giro” de la atención foucaultiana que va del discurso al poder tuvo que ver con los problemas o insuficiencias en los que el autor francés terminó encerrado por el hecho de dedicarse a estudiar “sólo discursos”.

El giro hacia la teoría del poder debe entenderse más bien como un intento, internamente motivado de resolver los problemas a que Foucault se ve enfrentado tras haber efectuado en *Las palabras y las cosas* un desenmascaramiento de las ciencias humanas sólo con los medios de un análisis de los discursos.¹⁶

15. Para profundizar el análisis de las críticas de Habermas a Foucault sobre las que aquí nos detendremos, así como también otras reflexiones que el autor alemán propone respecto del pensamiento del autor francés, véase D. Janicaud, “Racionalidad, fuerza y poder. Foucault y las críticas de Habermas”, trad. A. L. Bixio, en: E. Balbier *et al.*, *Michel Foucault. Filósofo*, Barcelona, Gedisa, 1990, pp. 279-297.

16. J. Habermas, *El discurso filosófico de la modernidad*, trad. M. Jiménez Redondo,

Según Habermas, la genealogía piensa en movimiento lo que la arqueología desentierra como formaciones estáticas. Por ello entiende al enfoque genealógico como un desarrollo con el que Foucault buscó completar la investigación que la arqueología había dejado trunca por propia incapacidad. Pero este desplazamiento, lejos de constituirse en una solución, encierra para Habermas una nueva y fundamental dificultad:

Queda, empero, sin aclarar el problema de cómo los discursos, los científicos y los no científicos, se relacionan con las prácticas –la cuestión de si son los primeros los que rigen las segundas; la cuestión de si su relación ha de pensarse en términos de base y superestructura, o más bien según el modelo de una causalidad circular, o como una interacción entre estructura y suceso.¹⁷

Al puntualizar esta dificultad, el autor alemán presupone una distinción tajante entre discursos y prácticas, llegando incluso a señalar que las segundas resultan para Foucault más importantes que los primeros:

Las ciencias humanas, que constituyen el punto de referencia al que Foucault tozudamente se atiene, no solamente se hallan en el contexto de otros discursos; más importante aún para la historia de su aparición son las mudas prácticas en que están insertas (...) En el concepto de «práctica» recoge Foucault el momento del influjo violento, asimétrico, sobre la libertad de movimiento de otros participantes en la interacción. Los fallos judiciales, las medidas policiales, los preceptos pedagógicos, los internamientos, la disciplina, los controles, las formas de entrenamiento corporal e intelectual constituyen ejemplos de la intervención de las fuerzas socializadoras, organizadoras, en el sustrato natural de creaturas que se caracterizan por su corporalidad vivida.¹⁸

Queda así diagramada la polaridad: de un lado, la arqueología, su remisión a un plano meramente lingüístico y su estudio de los discursos en tanto formadores de saberes; del otro, la genealogía, su dimensión corporal y su investigación de las “mudas prácticas” en las que se cristaliza el ejercicio del poder. A causa de sus limitaciones intrínsecas, la pri-

Buenos Aires, Taurus, 1990, p. 298.

17. *Ibid.*, p. 291.

18. *Ibid.*, p. 290.

mera queda subordinada a la segunda. Y al mismo tiempo, entre ellas se abre lo que Habermas entiende como un abismo aporético en el que Foucault termina cayendo empujado por su contradictorio afán de desarrollar una crítica científica de la racionalidad de la ciencia moderna.

3. De los dispositivos a las subjetividades

Pero los presupuestos sobre los que Habermas sostiene su denuncia no son los de Foucault.

Al afirmar que todo desplazamiento que se produce en la perspectiva del investigador es causado o bien por agotamiento de la perspectiva anterior o bien por los resultados aporéticos a los que ésta condujo, la crítica habermasiana se inscribe dentro de la interpretación compartimental de la que en estas páginas procuramos tomar distancia.

A la dicotomía discursos-prácticas esbozada por Habermas pueden oponerse varios desarrollos foucaultianos que el autor alemán no toma en cuenta. Por ejemplo, la conjunción de ambas instancias en la noción de *práctica discursiva* que le permite a Foucault incorporar la dimensión corporal como forma de profundizar –en un sentido de continuidad– sus investigaciones sobre el plano lingüístico:

Las prácticas discursivas no son pura y simplemente modos de fabricación de discursos. Ellas también toman cuerpo en el conjunto de las técnicas, de las instituciones, de los esquemas de comportamiento, de los tipos de transmisión y de difusión, en las formas pedagógicas que, a la vez, las imponen y las mantienen.¹⁹

Desde nociones como ésta podemos especificar la omisión en la que incurre Habermas: pasa por alto el hecho de que los fallos judiciales, los edictos policiales, los preceptos pedagógicos, las formas de entrenamiento intelectual y otros ejemplos que retoma para ilustrar el concepto foucaultiano de «práctica» también incluyen indefectiblemente una dimensión discursiva.

Podemos caracterizar ahora lo que se llama “práctica discursiva”. No se la puede confundir con la operación expresiva por la

19. M. Foucault, *Dits et Écrits II, 1970-1975*, París, Gallimard, 1994, p. 241 (traducción de E. Castro, *El vocabulario de Michel Foucault*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2004, p. 94). Desde nociones como esta podemos especificar la omisión en la que incurre Habermas: el autor alemán olvida que los fallos judiciales, los edictos policiales, los preceptos pedagógicos, las formas de entrenamiento intelectual y otros ejemplos que retoma para ilustrar el concepto foucaultiano de “práctica” también incluyen indefectiblemente una dimensión discursiva.

cual un individuo formula una idea, un deseo, una imagen; ni con una actividad racional que puede funcionar en un sistema de inferencia; ni con la competencia de un sujeto hablante cuando construye las frases gramaticales; es un conjunto de reglas anónimas, históricas, siempre determinadas en el tiempo y en el espacio, que han definido, para una época dada y para un área social, económica, geográfica o lingüística dada, las condiciones de ejercicio de la función enunciativa.²⁰

Las prácticas discursivas que junto con otros elementos como los archivos o los enunciados científicos conforman el conjunto de relaciones situadas que Foucault denomina *episteme*²¹ no son algo diverso o alejado de las dinámicas del poder, no pueden pensarse de manera separada.

No intento encontrar detrás del discurso una cosa que sería el poder y que sería su fuente, como en una descripción de tipo fenomenológico o de cualquier método interpretativo. Yo parto del discurso tal como es. En una descripción fenomenológica, se intenta deducir del discurso algo que concierne al sujeto hablante; se trata de reencontrar, a partir del discurso, cuáles son las intencionalidades del sujeto hablante, un pensamiento que se está formando. El tipo de análisis que yo practico no se ocupa del problema del sujeto hablante, sino que examina las diferentes maneras en las que el discurso cumple una función dentro de un sistema estratégico donde el poder está implicado y por el cual el poder funciona. El poder no está, pues, afuera del discurso. El poder no es la fuente ni el origen del discurso. El poder es algo que funciona a través del discurso, porque el discurso es, él

20. M. Foucault, *La arqueología del saber*, trad. cit., pp. 153-154. Desde citas como ésta también puede relativizarse la distinción entre arqueología y genealogía que designa al discurso como un emergente plausible de ser abordado sólo por la primera de ellas.

21. “La episteme no es una forma de conocimiento o un tipo de racionalidad que atraviesa las ciencias más diversas, que manifestaría la unidad soberana de un sujeto, de un espíritu, de una época; es el conjunto de relaciones que se pueden descubrir, para una época dada, entre las ciencias cuando se las analiza en el nivel de las regularidades discursivas” M. Foucault, *La arqueología del saber*, trad. cit., p. 323. “Si tú quieres, definiría la episteme, dando un rodeo, como el dispositivo estratégico que permite escoger entre todos los enunciados posibles, los que van a ser aceptables en el interior, no digo de una teoría científica, sino de un campo de científicidad, y de los que se podrá decir: éste es verdadero o falso. El dispositivo permite separar, no lo verdadero de lo falso, sino lo incalificable científicamente de lo calificable.” M. Foucault, “El juego de Michel Foucault”, trad. J. Rubio, en: *Saber y verdad*, Madrid, Ediciones de la Piqueta, 1984, p. 140.

mismo, un elemento en un dispositivo estratégico de relaciones de poder.²²

Así presentado, el concepto de dispositivo engloba tanto a los discursos como a las prácticas e incorpora a ambos dentro de la lógica de las relaciones de saber-poder. Pero esta articulación no adopta la forma de la conexión causal ni puede pensarse desde el modelo base-superestructura o relaciones materiales-ideología.

El dispositivo se halla pues siempre inscrito en un juego de poder, pero también siempre ligado a uno de los bordes del saber, que nacen de él pero, asimismo, lo condicionan. El dispositivo es esto: unas estrategias de relaciones de fuerzas soportando unos tipos de saber, y soportadas por ellos. En *Las palabras y las cosas*, al querer hacer una historia de la episteme, me quedaba en un impasse. Ahora, lo que querría hacer es tratar de mostrar que lo que llamo dispositivo es un caso mucho más general de la episteme. O mejor, que la episteme es un dispositivo específicamente discursivo, en lo que se diferencia del dispositivo, que puede ser discursivo o no discursivo, al ser sus elementos mucho más heterogéneos.²³

En su acepción foucaultiana, el concepto de dispositivo incluye elementos discursivos y no-discursivos que conforman los diversos regímenes de enunciación que organizan la experiencia de acuerdo a un conjunto de condiciones de posibilidad históricamente situadas²⁴. Estos regímenes tienen por función producir tanto los objetos de los que se habla como los sujetos hablantes. Por ello los dispositivos son comprendidos como estrategias sin sujeto, es decir, como dinámicas que no pueden estimarse como el fruto de ninguna voluntad planificadora. Pero al mismo tiempo, los dispositivos producen las subjetividades que involucran, tanto al asignar un sujeto emisor a cada discurso –a modo de garante– como al definir las características de los sujetos a los que objetiva²⁵.

22. M. Foucault, *Dits et Écrits III, 1976-1979*, París, Gallimard, 1994, p. 465 (traducción de E. Castro, *op. cit.*, p. 95).

23. M. Foucault, “El juego de Michel Foucault”, art. cit., p. 137.

24. Así, por ejemplo, podemos preguntarnos si elementos como las pericias médico-legales pertenecen al plano discursivo o al no discursivo. Desde la noción foucaultiana de dispositivo la disyunción queda anulada y la respuesta sería: pertenece a ambos.

25. Por ejemplo, en los análisis que Foucault desarrolla a mediados de la década de 1970 podemos encontrar que el discurso clínico-médico aparece garantizado por

Así comprendido, el sujeto no es otra cosa que la resultante de cierto tipo de dispositivos –aquellos involucrados en los diversos modos de subjetivación. La forma-sujeto se constituye en esos modos en los que el ser humano es objetivado desde una determinada relación de saber-poder que orienta prácticas particulares. En tanto elementos dinámicos, estas prácticas instauran los procedimientos y las técnicas mediante las cuales se elabora la relación de los sujetos consigo mismos y con los otros sujetos, los ejercicios por medio de los cuales los sujetos se constituyen en objeto de conocimiento, las prácticas que les permiten a los sujetos transformar su propio ser. Estos modos de subjetivación son para Foucault formas de experimentar diferentes *modos de vida*²⁶, divisiones que establecen territorios a partir de los cuales los sujetos se relacionan por identificación y diferenciación.

Por ello cabe afirmar que, contra cualquier abordaje sustancialista, Foucault comprende al sujeto como una forma no idéntica a sí misma, una resultante difusa, una configuración siempre en devenir, un objeto de estudio que nunca termina de determinarse.

No será entonces el análisis de los ideales universalizantes lo que dará la pauta de la forma en la que son constituidos los sujetos, sino la revisión del funcionamiento de los distintos dispositivos involucrados en esos procesos. Y una revisión tal no puede pasar por alto el hecho de que las relaciones de poder siempre se sitúan en contextos espacio-temporales determinados. De allí que su estudio deba incluir necesariamente una dimensión histórica que ubique a cada forma subjetiva en una perspectiva que vaya de un pasado actuante a una actualidad nunca definitiva. En palabras de Gilles Deleuze:

Lo nuevo es lo actual. Lo actual no es lo que somos sino que es más bien lo que vamos siendo, lo que llegamos a ser, es decir, lo otro, nuestra diferente evolución. En todo dispositivo hay que distinguir lo que somos (lo que ya no somos) y lo que estamos siendo: la parte de la historia y la parte actual.²⁷

el prestigio de los ámbitos institucionales dentro de los que se insertan los sujetos enunciadores (médicos) y, al mismo tiempo, constata su validez en los síntomas del sujeto enunciado (enfermo).

26. Véase al respecto M. Foucault, “De l’amitié comme mode de vie”, en: *Dits et Écrits IV, 1980-1988*, París, Gallimard, 1994, pp. 163 y ss.

27. G. Deleuze, “¿Qué es un dispositivo?”, trad. A. L. Bixio, en: E. Balbier *et al.*, *Michel Foucault. Filósofo*, Barcelona, Gedisa, 1990, p. 155. En este texto, Deleuze describe los dispositivos sobre los que Foucault trabaja como líneas de objetivación y de subjetivación, como máquinas de hacer ver y hacer hablar cuyo análisis requiere no considerar la enunciación en sí misma sino el régimen de enunciación que la hace

Sobre la base de esta compleja concepción temporal, Foucault distingue tres tipos de dispositivos que operan en función de constituir a los seres humanos en sujetos.

- Aquellos que articulan los discursos de los saberes legitimados, es decir, de los saberes que se adjudican el carácter de ciencia. Como ejemplo podemos nombrar a la filología o la lingüística cuando definen al sujeto hablante, a la biología cuando define al sujeto viviente, a la economía cuando define al sujeto productivo.
- Aquellos que operan mediante *prácticas divisorias*, es decir, produciendo criterios de otredad que refuerzan ciertos modos de subjetivación mediante la oposición taxativa: el enfermo y el sano, el delincuente y el ciudadano, el loco y el cuerdo, el ignorante y el sabio.
- Aquellos que delimitan las condiciones dentro de las que los humanos se transforman en sujetos a partir de las relaciones que establecen consigo mismos. Es el caso de la medicalización de la sexualidad, el higienismo, la pedagogía escolarizante, etcétera.

Estos ejemplos muestran que desde la perspectiva foucaultiana, los discursos que conforman el borde del saber de los dispositivos quedan incorporados a las dinámicas de producción de subjetividad como uno de sus elementos fundamentales. De allí que la revisión crítica de las condiciones de surgimiento y del funcionamiento interno de cada formación discursiva pueda resultar a la vez una forma de indagar las dinámicas a partir de las cuales los seres humanos son constituidos en sujetos.

4. Para seguir pensando: sobre la posibilidad o imposibilidad de una metodología foucaultiana

Como declaramos en los primeros párrafos, esta problematización del abordaje discursivo desarrollado por Michel Foucault ha pretendido componer una reflexión epistemológica a los fines de enriquecer nuestras prácticas en tanto productores de conocimiento.

posible. Esa sería, para Foucault, la tarea primordial de la filosofía: “Llamemos «filosofía», si quieren, a esta forma de pensamiento que se interroga, no desde luego sobre lo que es verdadero y lo que es falso, sino sobre lo que hace que haya y pueda haber verdad y falsedad y se pueda o no distinguir una de otra. Llamemos «filosofía» a la forma de pensamiento que se interroga acerca de lo que permite al sujeto tener acceso a la verdad, la forma de pensamiento que intenta determinar las condiciones y los límites del acceso del sujeto a la verdad», M. Foucault, *La hermenéutica del sujeto*, trad. H. Pons, Buenos Aires, 2000, p. 33.

Reenviando esta pretensión al interior de las discusiones que hemos explorado en estas páginas, cabe señalar que un objetivo tal no podría haber adoptado la forma de una precisión metodológica. En efecto, toda vez que entendemos la delimitación de un método de investigación como una exigencia propia de las ciencias modernas²⁸ —esas sobre las que Foucault trabaja en pos de su desenmascaramiento—, postular la existencia de un “método foucaultiano” se convierte en una afirmación poco menos que contradictoria. El hecho de que las reflexiones que Foucault propone sobre sus desarrollos sean en la gran mayoría de los casos *a posteriori* marca una pauta clara en esa dirección: deslindar un conjunto de reglas foucaultianas plausibles de ser formuladas con independencia del contexto de una investigación particular sólo puede plantearse en tanto abstracción y mediación analítica. Establecer una metodología unívoca, en concordancia con una racionalidad general y separada del objeto de estudio, en nada se corresponde con la impronta del pensamiento foucaultiano. Las cuestiones de método en Foucault tienen que ver con decisiones que el investigador va tomando a cada paso, cuya fertilidad debe ser puesta a prueba y revisada constantemente: un abordaje que, para dar cuenta de un conjunto de desplazamientos y transformaciones, procura mantenerse también en desplazamiento y en transformación.

En este sentido, difuminar las líneas divisorias propuestas por la interpretación compartimental de la obra de Foucault colabora en la conformación de una perspectiva quizás menos precisa en términos analíticos, pero potencialmente más fértil en lo que respecta a la posibilidad de complementar apreciaciones diversas. Desde dicha perspectiva, la figura del sujeto queda conformada como el resultado no definitivo de un conjunto de acciones constitutivas, una deriva que nunca completa su realización sino que permanece indefectiblemente ligada a los *modos de subjetivación* que la producen. De allí que las investigaciones que adoptan estos presupuestos deban partir desde el interior de cada campo estudiado, dejando de lado el afán de alcanzar un punto de vista trascendental que pueda dar cuenta de la subjetivación en términos universales. En ese carácter inmanente que asume la categoría de sujeto cuando así es conceptualizada reside uno de los principales desafíos a los que este tipo de abordaje nos enfrenta.

28. Sobre las referencias a la importancia de la delimitación de una metodología para la ciencia moderna véase M. Heler, *Ciencia Incierta*, Buenos Aires, Biblos, 2004.